

## TRAS LA ESTELA DE UN FRACASO EN *FALKE* DE FEDERICO VEGAS

Oscar Raúl Murat Bergamo  
Universidad Central de Venezuela  
oscarmurat@gmail.com

### RESUMEN

En este trabajo se analiza el tema del fracaso en la novela *Falke* (2004) de Federico Vegas en donde se recrea la expedición del vapor Falke con la cual se intentó derrocar la Dictadura de Juan Vicente Gómez y que tuvo lugar en las costas de Cumaná el 11 de agosto de 1921. En tal sentido, se establecieron algunos paralelismos históricos con la Expedición Leander llevada a cabo por Francisco de Miranda en 1806 reseñada por Mondolfi (2005) cuyo fin último era promover la independencia de América hispana. La investigación pretende mostrar las posibles huellas del fracaso que se manifiestan en la vida de personajes durante dos hechos históricos distantes, de intenciones libertarias. Para ello, se trabajó desde la óptica psicoanalítica de López- Pedraza (1987).

**PALABRAS CLAVE:** literatura venezolana, historia, fracaso, conciencia.

### ABSTRAC

This article explores the "failure" as the main subject in Federico Vegas' novel *Falke* (2004). It is based on the expedition of the boat Falke used against Juan Vicente Gómez dictatorship while arriving in the coast of Cumaná, on August 11th, 1921. Vega creates a parallelism between this expedition with that of Francisco de Miranda's boat "Leander", in 1806, as seen by Mondolfi (2005), this last one for procuring the independence of Hispano-America. The research attempts to show the possible "failure" that can also be observed in the literary life of some characters of these two historic and far in time narrations gathered in *Falke*. For these reason, I based my study on the psychoanalytical point of view of López-Pedraza (1987).

**KEY WORDS:** Venezuelan literature, history, failure, consciousness.

Al leer el prólogo de la novela *Falke* de Federico Vegas nos encontramos con una suerte de premonición, ya que el autor cuenta que su padre “soltó sin previo aviso” unas palabras -en relación con su tío Rafael Vegas- que lo marcaron: “Al tiempo le gusta escurrirse sin avisar. Cuando te das cuenta ya es tarde. Dos oportunidades perdí para siempre, no le pregunté a tu abuelo Ovidio quién mató a Juancho Gómez, ni a Rafael Vegas sobre el Falke” (p. 10). Poco después mordido por la curiosidad le preguntaría a su padre “que era eso del Falke; la escueta respuesta lo dejó embelesado: “Un barco, una locura” (p. 10). Pasaron más de diez años para que el narrador se acercara nuevamente a esa incógnita de juventud, cuando al coincidir en un vuelo con un amigo que había estudiado en el Santiago de León de Caracas supo nuevamente de Rafael Vegas y del Falke. Este amigo le refirió a modo de sentencia: “Papa decía que no hay peor fracaso en la historia de Venezuela” (p. 12).

A partir de este momento el lector sabe que lo que se avecina estará signado por una “funesta” e “incómoda” palabra: “fracaso”. Este estigma recorre la novela de Vegas como una sombra que se alimenta de imágenes, de frases, de una suerte de predisposición entretejida con el texto. En *Falke*, mientras se recrea un hecho histórico se le dan al lector pequeñas dosis de lo que vendrá y de cómo será ese devenir; se le prejuicia ante el acontecimiento relatado. El *Diccionario de la lengua española* reza en su segunda acepción que prejuicio es una “opinión previa y tenaz, por lo general desfavorable, acerca de algo que se conoce mal”. Los lectores de *Falke* asistimos a una especie de “crónica de un fracaso anunciado”. Vamos tomando, antes del momento crucial de la novela -el asalto a Cumaná-, adelantos de lo que acontecerá. No porque se diga explícitamente, sino porque se nos sugestióna. Para puntualizar, tomaremos como ejemplo algunas frases y reflexiones de la novela:

Todo ha sido pura vitalidad, y bien que conozco como terminan esos apasionamientos sin consistencia, ni estructura (p. 33).

Todo movimiento liberador contra una tiranía se puede desviar de su finalidad democrática, mientras peor sea el tirano más fácil es caer en cualquier tentación que lo sustituya. Nada más cierto (p. 36).

La fuente de mis verdaderos miedos es ser apresado y conducido por hombres que me vejan, que se burlan de un tonto cordero que se las daba de redentor (p. 40).

El Golpe del Cuartel San Carlos jamás debió ocurrir: Nos dio una imagen de atolondrados, de locatos (p. 51).

Ya perdimos la suerte de principiante [...] Llevamos a nuestro peor enemigo dentro. Aún no partimos y ya llegan los ataques, las traiciones, y lo más perverso: son de quienes también adversan a Gómez (p. 52).

Después de despedirnos de Pocaterra, Armando me hizo un solo comentario: -¿Te fijaste que tiene dos pares de pantuflas bajo la mesa de noche? ¿Y eso que significa? -Que el hombre todas las mañanas cambia de opinión (p. 59).

El barco está como nuevo. Le han cambiado hasta de nombre. -¿Y cuando se lo cambiaron? -Pregunta Doroteo. -Hace unos meses... ¿A qué viene esa pregunta? -Es que a los barcos sólo se le cambia el nombre cuando pasan por una racha de mala suerte. A Delgado no le gusta mucho el comentario y responde: -Pues de ahora en adelante nuestra suerte se llamará Falke [...] pero siento que estas farsas de turistas y películas nos desconcentran de un asunto tan serio como el nuestro (p. 105).

Ha ocurrido algo terrible. Lo veía venir. Hay cosas que uno no quiere aceptar y las tiene en las narices. Todo empezó esta mañana temprano, cuando vi a Delgado caminando por la popa. Hablaba solo y parecía maldecir. Fue la primera vez que con absoluta frialdad me pregunté sobre el estado mental de nuestro jefe. Ahora sé con certeza que está poseído por algo que no logra dominar (p. 174).

Como se puede observar la historia se va construyendo a través de un conglomerado de supersticiones, advertencias del sentido común, precogniciones, sobre todo por parte de Rafael Vegas y Doroteo Flores. Con este recurso, Federico Vegas crea una atmósfera propicia para presentar, en su momento, el rotundo fracaso de una empresa libertaria. También pone en evidencia el autoconvencimiento, la ceguera de algunos personajes que creen con certeza en su triunfo más allá de las evidencias. Nos referimos a los “héroes predestinados” Román Delgado y Armando Zuloaga, quienes parecen “flotar en una nube” creada por sus propias ilusiones. Éstos hacen caso omiso a su sentido común y al de sus compañeros, porque se sienten inmunes, elegidos por el destino. Son incapaces de conectarse con la realidad, con el rostro amargo del fracaso, que es un gran maestro y forjador de alma. Román Delgado, “El hombre que entraba en la habitación de Gómez a las cinco y media de la mañana a beberse el primer café”, por ejemplo, luego de su estrepitosa caída prefirió achacar a

los espíritus sus desgracias y no tomar conciencia de sus errores, de su fracaso. Sin advertir lo que vislumbra el poeta venezolano Cadenas (1966: 101) sobre dicho trance cuando dice: “Tu llameante rostro me ha perseguido y yo no supe que era para salvarme”, al referirse a ese estado que el hombre se niega a encarar y no sabe que en él está su salvación. Este verso aporta una clarividencia necesaria para comprender la didáctica velada del fracaso, para tomar conciencia de él, concepto que ahondaremos más adelante. En todos los momentos de la novela citados anteriormente, se percibe la necesidad del narrador de inducirnos en los previos de la debacle; a modo de justificación de lo que ocurrirá. Ya las palabras, “locura”, “fracaso”, “tragedia” nombradas en el prólogo y la carta de Gallegos, tienen una pulsión importante en la psiquis del lector. Pareciera que “No hay verdad en *Falke*, se navega en eso [...] se monta sobre suposiciones, prejuicios” (Barajas, 2006 en conversación personal). La verdad viene a ser un término relativo dentro de la narración. Ésto lo aclara el narrador en las apostillas: “Demasiadas veces imaginé una escena y al poco tiempo resultaba ser una premonición” (p. 453). Pero ya sabemos que el tema central de nuestro trabajo no es la artesanía, ni la técnica del escritor, ni su modo de embaucarnos sino, las incidencias del “fracaso” en la vida de los personajes que se embarcaron en esa funesta travesía. Es importante advertir cómo en la narración se nos predispone ante un hecho inminente, el fracaso de la expedición del “Falke”, que se suma a una serie de “fracasos” de empresas similares en la historia venezolana, de las que queremos rescatar *La Expedición del Leander* acometida por Francisco de Miranda. Podemos parangonar sus hechos y consecuencias con las de esta otra embarcación fallida de data más reciente, ficcionalizada por Federico Vegas. La tomaremos a modo de antecesor, de prosapia, de arquetipo de cierto modo evidente, en la tumultuosa historia de nuestro país, tema que un poco más adelante retomaremos.

#### ESA OSCURA E INCÓMODA PALABRA

Etimológicamente la palabra “fracaso” tiene su origen vinculado con las palabras barco, armada, naufragio o rompimiento estrepitoso de algo. Todas ellas nos remiten a las vivencias de ese grupo de venezolanos, “los mismos veinte hombres que partieron de Fontainebleau el 14 de julio de 1929” (p. 111) como dice repetidamente Delgado Chalbaud:

**Fracasar:** “destrozar, hacer trizas” hacer pedazos, naufragar (embarcaciones) antic, hoy “frustrarse, tener un resultado adverso (una empresa), tomado del ital. **Fracassare** “hacer trizas, destrozar, quebrar ruidosamente” derivado del anticuado **cassare** “romper” (tomado del fra. Passer. Id, procedente del lat. **Quasare** “quebrantar”. 1ª doc. 1588, relación acerca de **La Armada Invencible**... Para documentación, vid. Teslusugen 359-61 (comp. Sysupolsum). 1948, (110-111) Para los acs. Antiguas recuérdese que Don Quijote habla de << hender Gigantes, destrozar exérsitos y fracasar armadas>> [XXV, 108 Vº] uso gramatical era corriente por estas fechas con nuestro verbo. Pero pronto pasó el verbo a usarse intransitivamente como sinónimo de naufragar “naufragar, romperse una nave en los escollos” (ej. d.h. 1650 y 1700 en Ant.). Y luego generalizándose su aplicación “malograrse, frustrarse cualquier empresa o intento” (Corominas, 1976).

Con lo anterior no queremos decir que toda empresa naviera esté destinada a naufragar, a romperse estrepitosamente, a fracasar. Sólo que esta palabra lleva semánticamente implícita el estigma de un naufragio. Las palabras son poderosas, su carga semántica es capaz de matar a un individuo, pero igualmente son capaces de crear realidades, de dar vida. Son las que nos introducen en un mundo y las que nos pueden distanciar irremediabilmente de él. Por lo tanto tienen un peso irrefutable en nuestras vidas, tanto para lo trascendente como para las nimiedades. Dice Vegas en uno de sus ensayos:

El término «Éxito» puede ser considerado como antónimo de «Fracaso». Significa según el diccionario: «El fin o la terminación de un negocio o dependencia, el resultado feliz de una actuación». La palabra «Éxito» tiene mucho también de ruta al exterior. Recordemos una escena que hemos vivido muchas veces: estamos en la oscuridad de un cine; se acerca el final de la película; corren la cortina, y observamos una puerta negra, entreabierta con un letrero pequeño y rojo que dice «Exit». Se trata como bien debe saber todo el público en caso de incendio de la receta universal para el escape. O para la salida afable hacia el cigarro y el estacionamiento.

Si «Fracaso» es lo contrario a «Éxito», si éste puede significar «salida» al exterior, no podemos negarle al «fracaso» el derecho de llevar en sus entrañas algo

de «entrada», de acceso a lo interior. O quizás de debemos decir «puerta», ya que esta palabra nos recuerda que las entradas y las salidas no son absolutas, sino referenciales; siempre que entremos en un lugar estaremos entrando en un lugar y saliendo de otro (2001: 132).

De esta vinculación que hace Vegas en su ensayo sobre la dicotomía (éxito/fracaso) y lo que nos dice su etimología podemos deducir que el “fracaso” es una suerte de naufragio interior. El hombre enfrentado a un destino en el cual no logra cumplir sus objetivos, y/o las expectativas del colectivo, se siente náufrago en su mundo, a la deriva. La coalición con la realidad ha sido tan abrumadora que no tiene más remedio que replegarse, o evadirse. López-Pedraza refiere al respecto que “el que alguien haya sufrido un fracaso en su vida... no quiere decir que perciba ni remotamente ese fracaso y, mucho menos que se avenga en él como vehículo propiciador que lo mueva hacia lo que llamamos *Conciencia de Fracaso*” (1987:80). Ambos modos de asumir la experiencia del infortunio tienen lugar entre los protagonistas del *Falke*: por un lado, le confiesa Armando Zuloaga a Rafael Vegas sobre el estado mental de su jefe y sus razones: “La cordura de Delgado dependía un pensamiento que él ha repasado hasta saciarse: ¿Cómo puede explicarse que pasara tanto tiempo metido en La Rotunda si siempre he sido un predestinado? La respuesta es sencilla: me había llegado la hora de pagar la deuda con los espíritus” (p. 201); una explicación que se da Delgado deslastrada de toda sensatez. Por otro lado, la reflexión que hace Doroteo con respecto a las causas reales del desastre: “Ahí fue donde la vida se nos acabó. Nos cogieron a lazo como los tontos más útiles y mansos en toda la desquiciada historia de este país. A Delgado lo maduraron en La Rotunda y, cuando lo tenían bien podrido lo saltaron” (p. 201). En tal sentido, López-Pedraza señala:

Es fácil ver que en la historia, la familia, la sociedad y lo colectivo exigen y se interesan solamente por el triunfo. Parece como si en la confusión que crea la necesidad de sobrevivir, la sobrevivencia, el triunfo fuera lo más extremo del polo luminoso que vive el hombre occidental. Polarización que ha dejado rezagado el polo opuesto, donde ha quedado sepultada gran parte de la naturaleza; sin darnos cuenta que sobrevivimos si tenemos conexión con nuestra naturaleza, si podemos lograr que ella sea rectora de nuestra supervivencia. Por esto, si nos esforzamos en hacer conciencia de fracaso,

estaríamos más dispuestos a entenderla como una conciencia que trata de avenirse con algo que está oscuro, pensando en la materia de una naturaleza que ha sido negada (1987: 81).

De acuerdo con este autor, es esa “conciencia de fracaso” la que nos salva de cortar nuestro lazo con lo que es más humano en nosotros, nuestra naturaleza. Y es de cierto modo la que logra que estemos conectados con la realidad, para no caer en lo que el psicoterapeuta llama “carencia de realidad terrena”. No tener conciencia de los límites es otra consecuencia de esta obnubilación, producida por la irreflexiva necesidad de triunfo. En la novela de Vegas algunos personajes sufren de este mal. Quizás el ejemplo más evidente sea el de Román Delgado Chalbaud, como lo cuenta Doroteo Flores a los jóvenes (Rafael Vegas, Armando Zuloaga y Juan Colmenares) en el salón del hotel de Berlín previo a la partida “cuando más seguro se sentía su suerte y de conseguir lo que anhelaba le echaron para atrás el negocio de su vida. El hombre estaba confundido” (p. 94). O cuando Juan Colmenares le confiesa en el barco a Rafael “con furia los secretos que conoce gracias a su familia gomera”: “Ha podido ser su sucesor. Sólo tenía que esperar y seguir enriqueciéndose con paciencia, pero se le abrieron las agallas y desató una tempestad que daba para hundir varios Delgado” (p. 188). Este afán de Delgado de creerse omnipotente y predestinado porta consigo su desgracia, y la de quienes le siguen. Él cree vehementemente que su destino es ser el presidente de Venezuela como se lo vaticina la gitana en París, “Usted será el próximo presidente de su país, se lo veo en el aura, y todo el que tenga ojos lo sabe, lo envidia y lo calla” (p. 93). Pero como dice Doroteo “No era tan difícil, la gitana predice justo lo que Delgado quería oír” (p. 93). La carrera meteórica de Delgado le hizo confiar en su buena estrella, sin reconocer sus propios límites ni las habilidades de su contrincante, de quien se dice constantemente “que todo lo sabe”. La vida de Delgado está signada como se dice en un punto de la novela por “ese disparate de ser andino y marino a la vez” (p. 87), “el único andino que no se mareaba” (p. 89) como dice más adelante Doroteo en su relato sobre Delgado. De este modo el lector va armando la historia sumando factores previos a la invasión a Cumaná y puede intuir que esta empresa estaba irremediamente destinada a fracasar. Pero de esto nos ocuparemos en la siguiente sesión donde pondremos sobre la mesa las posibles causas y las justificaciones que dan sus personajes de lo acontecido, de lo que pudo acontecer.

## LAS VERSIONES DE UN FRACASO

Tanto en la novela de Vegas, como en algunos libros escritos por los protagonistas de aquellos hechos (*i.e. Memorias de un venezolano de la decadencia* de Pocaterra (1936), y *Hombres y sucesos de mi tierra* de Fernández (1970)), se conjetura sobre lo que falló y las razones de la derrota. Aunque como le dice Doroteo a Rafael mientras escapan de Cumaná “hay cosas que uno sabe que no tienen sentido pero debe hacerlas. Así ha sido desde que salimos de París” (p. 272). Casi desde el principio de la expedición se van aunando elementos que hacen inexorable el fracaso. Las ideas románticas de algunos de los “jóvenes aún” como se da cuenta en un momento Rafael Vegas: “Presiento que me guía una tentación romántica más que una voluntad política”, la ceguera autoimpuesta algunos como Armando Zuloaga cuando dice: “Vinimos a hacer lo que tenemos que hacer y resulta que Delgado es nuestro jefe [...] Ya nos metimos en esto y no conviene andar inspeccionándole la vida al jefe” (p. 98) y la irremediable ceguera de su guía conforman un funesto cóctel. En su huida Rafael va reconstruyendo las causas del descalabro de aquella invasión: “Yo había olvidado que todo combate tiene dos caras. Gracias a Fuentes supimos la verdadera magnitud de nuestra estupidez” (p. 282). Su enemigo ya estaba advertido, Gómez ya sabía donde colocaría a Emilio Fernández, allí iba a ir directo Delgado. En un telegrama le dice a Fernández: “Prepárese su compadre está por llegar” ya éste está advertido. Entre su intuición y los comentarios que le llegan casi predice la hora y el momento del desembarco. Tanta era su convicción, como lo reseña su hijo, que éste les dice a sus hombres que:

Dejen todo abierto para que no les rompan las cerraduras y tengan que comprar otras, pues lo primero que harán los atacantes si vienen por este lado será caerle a mi casa para ver si me agarraban durmiendo. Dejen también esos telegramas y cartas sobre el escritorio para que se entretengan leyendo (Fernández, 1970: 316).

A los expedicionarios todo les sale mal, un tanto porque sus enemigos ya estaban advertidos, otro tanto por las imprecisiones en el ataque, el desespero, la premura. Por un lado Pedro Elías Aristeguieta (su aliado en tierra) no aparece a la hora pautada, la enajenación de Delgado quien “va de frente contra el puente con pasos de procesión” y posteriormente la huida que emprende Pocaterra en el barco que deja a los sobrevivientes al desamparo,

sin armas y sin la posibilidad de escapar. Podríamos decir también como recuerda Rafael Vegas al recrear sus experiencias que “La derrota tiene muchas explicaciones. La victoria no necesita ninguna”. Todas en un principio para Aristeguieta y para Pocatererra. Uno por impuntual e incumplido y al otro por desertor y por cobarde. En una carta que firman Carlos D. Mendoza, Carlos Delgado Chalbaud y Raúl Castro, que anexa el propio Pocatererra en su libro, éstos justifican y apoyan la actuación del insigne escritor venezolano:

De acuerdo con las instrucciones que usted recibió del Director General de Guerra, quien le significó que al parque en caso de desgracia en tierra, podría sucederle todo menos caer en manos del Gobierno, y a usted le era imposible tomar la iniciativa que tomó. Primero: por el violento desastre sufrido en Cumaná después de dos horas y media de combate, quedando la plaza dominada por el Gobierno. Segundo: porque después de esperar angustiosamente la llegada del General Pedro Elías Aristeguieta sólo era posible pensar que Aristeguieta había sido destrozado. (Pocatererra, 1936: 573-574)

Así siguen enumerando las razones de la obediencia de Pocatererra a las órdenes de Delgado y lo que hizo que en esa circunstancia tomara tales decisiones. Pero quienes al final lo juzgarán más duramente, serán el tiempo y la historia, los peores inquisidores. El general Linares Alcántara en cambio le achaca toda la culpa del fracaso: “Seguro que Pocatererra ya anda vociferando su versión de la historia. Va a tratar de salvarse, y con cada una de sus explicaciones nuestros errores serán más humillantes (...) Este desastre es culpa de las intrigas de Pocatererra. Desde el principio se puso a atormentar a Delgado” (292).

Dentro del tumulto de hechos que conspiraron para que las cosas no se dieran como estaban pensadas, se encuentra el hecho del retraso de Pedro Elías Aristeguieta, que exasperó a Delgado al punto de atacar sin esperarlo como se tenía planeado. Lo que pensaron los sobrevivientes de la batalla fallida en un principio fue en la traición de Pedro Elías. Pero, gradualmente, éstos se van enterando que lo que ocurrió no fue nada intencional, sino que probablemente se extraviaron. “¡Resulta que Leoncia y Flor guiaron a las tropas de Pedro Elías! -¿Y por qué ustedes? -Porque se perdieron- contestan extraviadas y reculando. -¿Cómo se iban a perder esa gente si sobraba quien conociera el camino? -Demasiado hombre junto- y ya no

contaron más” (p. 272). Más adelante Rafael reflexiona para si mismo sobre el tema, tomando “Conciencia de fracaso”:

Tarde o temprano, tendremos que aceptar que ya no podemos callar más tiempo: «No podemos achacar nuestro fracaso al retraso de Pedro Elías», y a continuación brotan cuatro temibles palabras: «precipitación, locura, ignorancia, inocencia». Cada uno puede escoger el término que mejor le cuadra. Nadie habla de espiritismo (pp. 275-276).

Este amasijo de circunstancias quizás explique de algún modo lo que ocurrió, pero resueltamente quien tiene la última palabra es Doroteo Flores, y los lectores nos enteramos, en la carta que Rafael le escribe al Chino Larralde (Juan Larralde) donde recrea la conversación que tuvo con el curtido guerrillero, y se nos develan las verdaderas razones de su fracaso:

Sepan ustedes que el mismo Gómez fue quien preparó lo del Falke... por eso que nunca supimos cómo ocurrió ese milagro de conseguir un barco con armamento [...] El mismo Gómez fue quien nos armó esa Arca de Noé. Sabía que allí se iba a meter toda la fauna que le embochina el país. Juntó a tigres y a venados, lapas y morrocoyes, y los puso a adobarse en el Falke para bajarlos en una sola calle y desangrarlos frente al puente. Fue un banquete y el postre se lo sirvió Pocaterra (p. 423).

Es así como se le cae la venda de los ojos a Rafael y entiende que desde el principio su “romántica ilusión” estuvo destinada al naufragio, a la pérdida inútil de vidas inocentes, como la de su gran amigo Armando Zuloaga. El fracaso no es entonces culpa de los demás, ni de las adversas circunstancias sino de su ingenuidad, de su terrible inocencia.

Empiezo a comprender el sentido de las palabras de Doroteo [...] Cada vez estoy más convencido de que tenía razón. Todo calza. Mientras más reviso los detalles, más inevitable y previsible se va haciendo nuestro fracaso, y más dócil resulta nuestro papel en los planes de Juan Vicente Gómez para destruirnos. La historia jamás podrá aceptar esta versión. Se trata de una posibilidad que sólo pueden imaginar los valientes que vinieron en el Falke a ofrendar su imbecilidad (p. 428).

Rafael ha comprendido que en vez de ser un fugitivo siempre fue un cautivo de las garras del “Bagre”, que todo lo vivido fue una temible patraña, que su supuesta heroicidad que le otorgaba la clandestinidad nunca fue tal. Siempre supieron dónde estaban (Juan y Rafael) y no quisieron meterlos presos porque les convenía más tenerlos “libres” y custodiados. La mano omnipresente de Gómez les seguía el trote en su huida, les iba un paso adelante. Irremediablemente, tenía que ocurrir lo que ocurrió, este grupo de hombres guiados por sus ideales, por el espiritismo, por la locura, habían sentenciado su derrota antes de partir de París.

#### COMO *MIRANDA EN LA CARRACA*

Por muchos motivos esta investigación sobre el *Falke* estuvo relacionada con la figura de Francisco de Miranda. En un principio nos conectamos con esta idea porque pensamos que existía una semejanza casi evidente entre las carpetas legadas por el “ilustre caraqueño” en su *Colombeia* y el hallazgo de la caja que refiere el narrador en el prólogo, “la caja debía ser el final de un acertijo. Sabía que allí estaría la correspondencia del año 29. Estaba a punto de entrar en los días de la invasión llevado de la mano de Rafael Vegas” (p. 13). Esto con la clara diferencia de que lo narrado por Miranda en la abultada *Colombeia*, asumimos, es un testimonio de sus vivencias narradas de primera mano y, el *Falke*, sabemos, que es un material trabajado por la mano de un tercero: el novelista Federico Vegas. Lo anterior en primer lugar, nos hace suponer que en la novela (desde el prólogo hasta las apostillas), todo lo contado es una mera transcripción de lo hallado en la caja (el diario y las cartas). En segundo término, esta similitud con *La Colombeia* tenía que ver con el hecho de ser un testimonio de un hombre comprometido con la libertad de su pueblo (Miranda), que en su caso, estaba oprimido por el yugo monárquico y, en el caso de Rafael Vegas, por la indomeñable dictadura de Juan Vicente Gómez. Pero, luego de hurgar más en la vida del prócer hallamos dos hitos importantes: La Expedición del Leander y su rotundo fracaso. Dicha empresa, que parte desde Nueva York, deseaba desembarcar en las costas de Ocumare, como lo reseña Mondolfi. “Estratégicamente Ocumare luce como un buen punto de entrada hacia el interior de Venezuela” (2005: 121). Pero, previo a este hecho dicha expedición va teniendo percances que conspiran para su “fracaso”; por una parte, la tripulación aborda el

barco un tanto engañada bajo la promesa de riquezas y fortuna. Se les ha reclutado con otros fines, lo que recuerda un poco al engaño que en un principio se le pretende hacer a la tripulación alemana a bordo del Falke. Dice Mondolfi un poco antes: “Mientras prosigue el viaje desde Nueva York hasta Haití- primera escala de la expedición- el recelo de quienes ignoran su verdadero destino no contribuye mucho a mantener el orden a bordo” (2005:119). No va a ser la única, ni la última rebelión a bordo del *Leander*. Entre revueltas internas, las demoras y las imprecisiones el barco fue avanzando hasta su trágico destino. Miranda pudo contener los ánimos de la tripulación con los encantos de su personalidad, pero éste no pudo salvar el inmenso escollo con que se toparía, como más adelante lo hará notar nuevamente Mondolfi en su libro:

Pero tanta demora tiene su precio en los dominios de la inteligencia con que las autoridades españolas siguen los pasos del conspirador Miranda, y como una constante fatal en nuestra larga historia de invasiones, la del *Leander* fracasa, como casi todas, porque en Venezuela se ha recibido el aviso de lo que se venía tramando y se preparan las defensas a tiempo (2005: 121).

Dicha expedición traería consecuencias aún más nefastas para sus tripulantes que las sufridas por la expedición del *Falke*. En otro momento Mondolfi dice “Miranda continuaba en Trinidad, pensando tal vez en rescatar al resto de su expedición”. Mientras que en Venezuela,

El 21 de julio de 1806, diez de los prisioneros más directamente involucrados en el mando de la invasión, según se desprende del extenso interrogatorio, son condenados a morir en la horca y, para mayor escarmiento, decapitados, a fin de exhibir sus cabezas en sitios notables: dos en Ocumare, dos en Puerto Cabello, dos en La Guaira, dos en Paparo, una en Valencia y otra en Caracas. Y para aumentar el horror tan típico de esta clase de inquisidores, a los pocos días se amontonan sobre un tablado de Caracas las enseñas, algunas de las patentes expedidas por Miranda a sus oficiales y las proclamas de la expedición para incinerar simbólicamente, por mano del verdugo, las ambiciones aventureras de Miranda (p. 122).

Tal vez ambas expediciones fracasaron (tanto la del *Falke* y como la del *Leander*) por la inconsistencia de sus planes, porque sus

enemigos ya estaban advertidos, por las circunstancias en que ocurrieron; o porque tenía que ser así. Estos fracasos fueron duros golpes en las vidas de sus protagonistas, que padecieron lo amargo de la derrota. Sin embargo, tanto Miranda como Rafael Vegas fueron resarcidos por el “llameante rostro” del fracaso.

Para terminar en esta sección queremos destacar que nos parece singular que los protagonistas del *Falke*, especialmente Rafael Vegas, tienen ocasionalmente presente la figura de Miranda (y la de Bolívar), a modo de referencia arquetípica<sup>1</sup>.

A las siete de la noche, todavía en la *rue* Miromesnil, se leyó el Acta de la independencia de 1811. Fue una ceremonia emocionante. Me imaginé en las barras de aquel primer congreso, formando parte de la Sociedad patriótica junto a Bolívar y escuchando al elegante diputado Francisco de Miranda. Es un texto que describe un verdadero comienzo (p. 50).

Armando trata de darle elegancia a su aspecto de moribundo. Parece Bolívar en San Pedro Alejandrino (p. 116).

Miércoles, 24 de Julio: natalicio de Bolívar me pregunto cómo y donde celebraría Simón Bolívar sus veintiún años (p. 140).

Así tiene que ser, Vegas. Usted también tiene que ir hacia adelante. No se me vaya a acostar con zapatos en la cama, como Miranda en La Carraca (p. 426).

Resulta interesante hasta que punto esta generación resultó influenciada por los ideales de la generación de Bolívar, Sucre y hasta un poco antes por los de Miranda. Por esa idea primigenia de libertad, esa rebeldía ante la opresión y, curiosamente, como dice Manuel Caballero, “pero si fue reducido el impacto de los sucesos del 28 en la sociedad de la época, tal vez ninguno, después de 1810, haya influido tanto en el desarrollo de la historia venezolana” (24). Lo que confirma hasta que punto esta referencia a los hombres que fueron protagonistas de hechos trascendentes en la historia venezolana, fue decisiva, para la generación a la que pertenecieron Rafael Vegas,

---

<sup>1</sup> Dice el *Diccionario de la lengua española* en su cuarta y quinta acepción que arquetipo es: ‘4 Psicol. Imágenes o esquemas congénitos con valor simbólico que forma parte del inconsciente colectivo. 5. m. Rel. Tipo soberano y eterno que sirve de ejemplar y modelo al entendimiento y a la voluntad humana.

Armando Zuloaga Blanco y Juan Colmenares, protagonistas de los hechos narrados en *Falke*. Generación que comparten decisivamente con los jóvenes Jóvito Villalba, Rómulo Betancourt, Raúl Leoni y algunos otros que vendrían a ser parte importante de los destinos nacionales de ese siglo que apenas comenzaba para los venezolanos luego de la muerte de Juan Vicente Gómez.

Si dejamos que el tiempo nos dé su veredicto en cuanto a qué es realmente fracasar, podríamos ver en perspectiva que lo que en un principio fue, o creyó serlo, no lo es en el presente. El “fracaso” de Rafael Vegas fue a la larga un éxito. Lo orientó hacia su verdadera vocación, lo hizo un hombre sensato y probo. Ese ensayo fallido que fue la expedición del Falke, terminó logrando su objetivo, y los hombres de esa generación con el tiempo fueron los encargados de dirigir este país y de instaurar las bases de la democracia en la que hemos vivido por más de medio siglo. Volviendo a Miranda y a su generación tampoco podríamos decir que fracasó. Los intentos malogrados del “ilustre caraqueño” no fueron más que los que les abrieron el paso a hombres más jóvenes, como Bolívar y Sucre, para que tuvieran el éxito que tuvieron en su noble empresa de liberar su patria de las garras de la monarquía española. También nos gustaría dejar sobre el tapete algo que surgió mientras hacíamos esta investigación y es el tema de la histeria. Como lo dice al final de la novela Rafael Vegas, citando a un investigador-psiquiatra (que no nombra) sobre el país:

Estudiando lo escrito sobre esta enfermedad -que solemos achacarle, injustamente, sólo a lo femenino-, he encontrado que la histeria viene a ser la antítesis de la historia, por consistir en una condición que bloquea la posibilidad de entender el sentido y las lecciones de nuestros fracasos y limitaciones. Dice un investigador que la histeria es como una plataforma donde rebota todo lo que nos acontece, impidiendo que lo vivido se transforme en experiencia. Esto hace que nos quedemos continuamente en la superficie, sin llegar a profundizar, sin llegar a tener una visión interior, sin unir nuestro pasado a la historia del hombre sobre la tierra. Tenemos pues que Venezuela es un país histérico sometido a una repetición infernal. Nuestra mayor pobreza es carecer de una verdadera historia de nuestro empobrecimiento (pp. 449-450).

Es evidente la conexión de este párrafo, en relación con las ideas que maneja el psicoterapeuta Rafael López-Pedraza, en su ensayo

“Conciencia de fracaso”. Pero, esta reflexión que hacen tanto el novelista como el ensayista coincide de alguna manera con lo que ha sido la historia venezolana: una continúa repetición y “un constante cambio para que no cambie nada” parafraseando a Lampedusa, aquel gran escritor siciliano que lo veía tan claramente en su *Gatopardo*. Ese choque continuo con nuestros mismos vicios, con nuestros mismos errores que no nos permitimos ver porque lo único que nos importa, es el éxito, la victoria, sin importar a qué precio y qué nos llevemos por el medio, sin respetar nuestra naturaleza.

#### REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Caballero, Manuel. (1998). *Las crisis de la Venezuela contemporánea*. Caracas: Monte Ávila.
- Cadenas, Rafael. (1966). “Fracaso”. En *Falsas maniobras*. (pp. 25-32). Caracas: Arte.
- Corominas, Joan. (1976). *Diccionario crítico etimológico de la lengua castellana*. Madrid: Gredos.
- Fernández, Carlos E. (1970). *Hombres y sucesos de mi tierra*. Madrid: Talleres del Sagrado Corazón.
- López-Pedraza Rafael (1987). *Ansiedad cultural* (ensayo). Caracas: Psicología Arquetipal.
- Mondolfi, Edgardo. (2005). *Miranda en ocho contiendas*. Caracas: Fundación Bigott.
- Real Academia Española. (2003). *Diccionario de la lengua española*. Edición electrónica Versión 1.0 Espasa Calpe, S.A.
- Pocaterra, José R. (1936). *Memorias de un venezolano de la decadencia*. T.IV, Caracas: Bloque de Armas.
- Vegas, Federico. (2004). *Falke* Tercera edición México: Órale Ediciones.
- . (2001). *La ciudad sin lengua* (ensayos). Caracas: Fondo Editorial Sentido.

